ELSPETH COOPER

Las tres lunas

La caza salvaje. Libro II

PROPIEDAD DE
EDITORIAL PLANETA

minotauro

1

El reino aguarda

Las motas de luz flotaban en el ambiente como una nube de mariposas de alas claras. Savin, copa de plata en mano, las atravesó y, con un ademán de la zurda, cerró tras de sí el Velo como quien corre la cortina de un ventanal que mira al jardín de una terraza iluminada por el sol. El hormigueo en los dedos anunció la unión de los extremos, un escalofrío le recorrió ese trecho de piel, y el flujo recuperó su integridad como si jamás se hubiese visto alterada.

Era un truco muy útil. Además de impresionar a los crédulos, le permitía moverse a sus anchas entre lugares donde no era adecuado llamar demasiado la atención. Como bien sabían los buhoneros y los vendedores ambulantes que poblaban las ferias, a veces cierta dosis de teatralidad vale su peso en oro.

Una tras otra las motas se desvanecieron en la penumbra reinante. Savin arrugó el entrecejo. La estancia de la torre de la fortaleza de Renngald no debía de estar a oscuras, y menos aún debía de reinar un ambiente tan frío para hacerle exhalar vaho, a pesar del calor que había a finales de verano en Mesarilda. Rara vez sentía el frío, aunque tuvo que aprender el truco para ignorarlo, porque no estaba acostumbrado desde pequeño como sus anfitriones, pero la humedad que lo acompañaba en los climas septentrionales arruinaba cualquier biblioteca, razón por la que había dejado encendido el fuego de la chimenea. Pero el fuego estaba apagado y no había ni rastro de la joven sirvienta a quien había confiado la labor de alimentarlo.

¿Dónde andaría la muy inútil? Envió un pensamiento en su busca a través de los fregadores y las alcobas del castillo, hasta que al final la encontró al calor fétido de la pocilga, inclinada sobre un fardo, con los ojos cerrados y la falda remangada a la cintura, mientras un joven de pelo grasiento la araba con denuedo.

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA

Chascó la lengua, molesto. Estaba claro que en ese caso el oro no había sido suficiente. Tendría que reemplazarla. Adquirir los libros le había llevado mucho tiempo y le había supuesto no menos problemas, demasiados para permitir que el moho los echara a perder, todo porque a la muy cochina parecía interesarle menos atender sus obligaciones que dejar que el porquerizo la rellenara hasta chillar como una puerca.

Bastó con chascar los dedos para prender la leña de la chimenea. Otro pensamiento encendió las lámparas que colgaban de las paredes, empujando a la retirada a las sombras a los extremos de la estancia. A pesar del pulcro mobiliario tylano y las gruesas alfombras arkadianas, era imposible disimular el hecho de que se trataba de una estancia situada en el interior de una fortaleza. Los salientes de granito asomaban en la pared entre los elegantes tapices, y por mucho terciopelo que utilizaran, no había forma de ocultar el hecho de que se trataba de aspilleras. No había ni asomo de los mamparas de madera y las sedas perfumadas que decoraban sus estancias en Aqqad, pero hubiera sido un lugar bastante cómodo para trabajar, de no haber tenido que viajar tan lejos para encontrar una botella de vino decente.

Levantó la copa e hizo girar el contenido, aspirando el aroma que desprendía. Tinto tylano, oscuro, con buen cuerpo y sabor. No era una añada excepcional, pero sí bastante buena: mucho mejor que cualquier licor que pudiesen ofrecerle sus anfitriones, hidromiel o la amarga cerveza propia del lugar, los cuales tan sólo servían para estómagos poco exigentes, cuyos dueños se caracterizaban por tener la cabeza hueca. A esa altura del septentrión, el buen vino era una de las ventajas del mundo civilizado que más echaba de menos.

Un cambio en la textura del silencio le alertó de que ya no se encontraba a solas. El crepitar de la chimenea se vio enmudecido por una repentina quietud que bostezaba como una tumba a la espera de ser llenada.

Se volvió con la copa a medio camino de los labios. El anteojo se encontraba en mitad de la mesa, cubierto por una tela de terciopelo. Era imposible que un mero objeto pudiese mirar con fijeza, pero de algún modo ése lo hacía, llamando su atención, deseoso de apartarse y, al mismo tiempo, de acercarse. Era como si lo estuviera mirando desde lo alto de un acantilado monstruosamente alto.

Tomó un sorbo de vino y después apartó la tela. El espejo no era mayor que el que adornaba el tocador de una dama, si a ésta no le hubiese importado el perturbador marco de plata que parecía cambiar ante la mirada, retorcerse a través de más dimensiones que las tres habituales. Dentro del marco había una negrura vacía, absoluta. No tenía superficie capaz de reflejar la luz o el color, a pesar de lo cual borboteaba.

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA

–Hemos estado esperando –susurró una voz fría e hiriente como escarcha–. ¿Lo has encontrado?

–Aún no.

–Otro retraso. –La oscuridad rebulló de nuevo como ondas de tinta–. Nuestro amo se impacienta.

Para tratarse de una criatura que moraba fuera del tiempo, su amo parecía ser muy consciente del paso del mismo.

–El guardián tiene un nuevo aprendiz.

–Eso es irrelevante.

–Puede. –Tomó un nuevo sorbo de vino–. Y puede que no.

–Nos dijiste que los guardianes son una vela gastada, que ya no tienen ningún peso.

–Es posible que... me apresurase al juzgarlos –dijo, odiando tener que admitirlo.

Hubo un largo silencio.

–El aprendiz te preocupa.

–No me ha dejado leerle –explicó Savin–, y me gusta saber a qué me enfrento. No soy muy amigo de las sorpresas. –Hizo girar en la copa el último sorbo de tinto tylano, mirando ceñudo la densa textura de rubí. Alderan volvía a la carga. Sin duda el viejo metomentodo planeaba algo, pero ¿de qué se trataba? Ése era el rompecabezas, y los rompecabezas están para resolverlos.

–El aprendiz estaba al corriente.

Eso no era muy probable. No era muy propio del anciano ofrecer respuestas a preguntas que no habían sido formuladas, y a veces ni siquiera entonces. Además, no podía saber que su última mascota sería auscultada tan pronto. ¿Qué estaría tramando?

–No había motivo para que estuviese preparado para nuestro encuentro. Fue pura casualidad. Yo estaba en Mesarilda y percibí que el guardián tejía algo. Quise saber de qué se trataba.

El anciano solía mostrarse más cuidadoso con sus colores, así que Savin había abreviado su visita al mercader de vinos para seguirles hasta una casa del montón, situada junto a la sede del gremio de sastres, y de ahí a una fonda del casco antiguo, lugar donde había descubierto algo que le había dejado... intrigado.

El azar gobernaba a menudo las vidas de los hombres. Bastaba con jugar una carta concreta, o con que la moneda cayera de un lado en lugar de hacerlo de otro, para que los imperios se tambalearan. Sus labios se curvaron en una sonrisa. Ésa era una imagen apropiada.

–Hay algo que te divierte.

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA

–Siente curiosidad por éste. Se mostró cauteloso. Lo único que dijo sobre él fue que había escapado de un malentendido con la Iglesia, y llevaba la mano izquierda vendada. O mucho me equivoco, o es consciente de lo que es. –Vestido como un don nadie, pero con los modales y aires de alguien que no se plegaba ante nadie. Fuera quien fuese, había que tenerlo vigilado.

–Una amenaza.

–Es más probable que no sea más que otra pieza del rompecabezas. El guardián no se habría adentrado tanto en las Islas sólo para proteger a alguien que posea un talento menor: fue a Mesarilda por un motivo. –Empezó a dar forma a una idea. Quizá el talento fuera ese motivo... Aún se sintió más intrigado.

La idea cobró forma. Creció. Cualquier cosa especial era preciosa, y cualquier cosa preciosa constituía un punto débil. Una debilidad. Puede sacarse provecho a las debilidades. Era como abrir una ostra: todo dependía del hecho de saber dónde introducir el cuchillo.

–Tendrías que habérnoslo traído. Dejar que respondiera a nuestras preguntas.

–Vuestras preguntas tienden a ser de esa clase de cosas de las que no hay vuelta atrás, excepto para servir de comida a los cerdos –dijo, cortante, molesto por la interrupción–. Es muy posible que aún encuentre un papel que asignarle. –Averiguar el modo de burlar las jodidas protecciones, por ejemplo.

–Prevaricación. –La oscuridad osciló en el espejo de mano–. Hicimos un trato contigo. Te enseñamos aquello que deseabas aprender. Contábamos con que hubiera progresos.

–He hecho progresos. Estoy cerca de encontrar aquello que buscáis.

El marco de plata se retorció más y más, las formas cambiantes se volvieron más inquietas. Entre ellas relucieron los colmillos y se oyó el chasquido de las mandíbulas.

–Pues progresa más. Afina más. La paciencia de nuestro amo tiene sus límites.

Savin apuró la copa de vino, que tragó ruidosamente.

–No he olvidado las condiciones de nuestro acuerdo.

–Bien. Si lo hubieses hecho, las consecuencias habrían sido... desagradables. –La negrura del espejo experimentó un temblor, ya no ocupada por el vacío, sino asfixiada, atestada de sombras que se enroscaban en un movimiento perpetuo, furibundo como un cielo que amenaza tormenta–. No te entretengas, humano. El Reino aguarda.

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA

2

Portavoz de los Crainnh

Al atardecer, Drwyn aplicó la antorcha a la tienda de su padre, de acorde con la tradición. Las llamas cubrieron cautelosas el cuero pintado, como disfrutando de un sabor nuevo, desconocido, antes de ver renovado el apetito y devorarlo. En cuestión de minutos, la pira había prendido con ganas, y el fuego oscilaba a merced del entablado viento del este. Arrojó la antorcha al fuego, y retrocedió para apartarse del intenso calor. Cuando fuese de día todo habría terminado.

Un suspiro escapó de labios de los miembros del clan allí reunidos. Por el rabillo del ojo vio recular a las figuras sombrías, que a los pocos instantes se fundieron con la negrura que reinaba entre el racimo de tiendas mientras otras asomaban. Veinte guerreros velarían junto a él, uno por cada año que había durado la regencia de su padre. Formaron un círculo desigual en torno a la pira. A la luz anaranjada sus rostros carecían de identidad y las sombras les afilaban los rasgos. Empuñaban las lanzas ante sí, y harían guardia con él hasta que el fuego se apagara y asomase el sol.

La tienda se derrumbó lanzando una llamarada, y el cadáver del anciano así como las posesiones apiladas a su alrededor se convirtieron en un fardo irreconocible al calor del fuego. Al amanecer no quedaría nada, excepto ceniza y algunos restos de metal calcinado y de cerámica rota. Poco quedaría del hombre que había liderado a su pueblo durante dos décadas de prosperidad y crecimiento.

Los últimos años habían sonreído a los Crainnh. Abundó el venado, el ganado aumentó hasta alcanzar un número de cabezas superior al de años pasados, y los ríos se volvieron plateados de la de peces que hubo. Incluso los inviernos fueron menos fríos, llegaron más tarde y duraron menos tiempo, por mucho que las llanuras siguieran cubiertas de nieve medio año más.

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA

La prosperidad había dificultado especialmente la espera para Drwyn. Su padre conservó con tozudez la buena salud, más fuerte, en lugar de menos, a medida que transcurrieron los inviernos. Pero Ytha le había aconsejado tener paciencia, dejar que pasara el tiempo, esperar. Aunque Drwyn se pasó otros tres años inclinando la cerviz y mordiéndose la lengua, obtuvo su deseo: el viejo buitre había exhalado su último suspiro entre los muslos de una joven de quince años. Maegern se había llevado su alma al Salón de los héroes, donde lo sentaría a su derecha y bebería *uisca* de una copa de plata. Por fin Drwyn era el jefe.

«Todo a su tiempo, jovencito», dijo una voz en su cabeza. «Todo a su tiempo.»

Ytha le observó a través del fuego. Repasó con la mirada su rostro, igual que lo hubiese barrido un viento helado, disipando la cortina de calor que mediaba entre ambos hasta que el rostro de ella se dibujó con la misma claridad que lo tuviera delante.

Drwyn pestañeó, sobresaltado, antes de apretar con fuerza la mandíbula, molesto por dejarse engañar por uno de sus trucos. La piel bronceada por el sol se arrugó al enarcar una ceja, y ella frunció burlona los labios como si supiera sus secretos y el hecho de saberlos la divirtiera. Apretó con mayor fuerza aún los dientes. No apartaría la mirada.

Ytha frunció de nuevo los labios. Maldita fuera, se estaba burlando de él. ¡Por los dioses ancestrales que no estaba dispuesto a tolerarlo!

Unos ojos verdes que la oscuridad agrisaba se clavaron en los suyos. Ya no había en ellos ni asomo de diversión. Eran duros como el ágata, cortantes como la helada.

«Recuerda quién es aquí el hacedor de reyes, Drwyn. El torque de los Crainnh aún no te pertenece.»

Tragó saliva. Una capa de sudor le cubrió las palmas de las manos, pero no pudo moverlas para secárselas en la pernera del pantalón de tela tosca. La presencia de Ytha en su mente era un peso que le aplastaba el cerebro. No podía desobedecerla, igual que no podía echar a volar.

«Mejor», dijo ella. «Debes ser paciente, jovencito mío. Todo llega a su tiempo. Mañana serás jefe, y con el tiempo serás jefe de jefes. Pero aún no es hora. Tienes que esperar a que madure el fruto antes de hincarle el diente, o te sabrá amargo y la fruta se echará a perder.»

El pelo le ondeaba en el rostro, más blanco que rojizo. Levantó la mano para apartárselo, y la piedra de semilla estelar engarzada en el anillo resplandeció a la luz del fuego, brillante como una estrella en el firmamento invernal. Entonces parpadeó la luz, se extinguió, y al mismo tiempo lo hizo la presencia de ella en sus pensamientos.

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA

Drwyn exhaló lentamente. Ahí estaba él, hombre, guerrero, a punto de ser nombrado cabecilla del Clan Lobo en cuestión de pocas horas. No tendría que temer a una mujer. Pero todos en el clan, incluido su padre, caminaban de puntillas y hablaban en voz baja alrededor de la portavoz. Él no se comportaría de forma distinta. Los poderes que ella poseía le congelaban el tuétano de la huesa.

Y necesitaba de esos poderes, tanto como de su consejo. De eso no había ninguna duda; sin ella nunca sería jefe de jefes. Con ella cualquier cosa era posible, y por la mañana todo daría comienzo.

Los Crainnh celebraron la sucesión de Drwyn con un festín. Se sirvieron veinte venados, los cuales se rellenó antes de poner a asar al fuego, además de cestos de pescado y liebres atrapadas por los cazadores. Todas las mujeres del clan hornearon, destilaron o aportaron su propia contribución a las celebraciones. Encendieron una hoguera enorme sobre las ascuas de la pira, en torno a la cual el nuevo jefe, el consejo de la guerra y los ancianos del clan alzaron sus copas para brindar por el ausente espíritu de Drw, antes de hacerlo por las glorias venideras de su hijo.

Ytha, no obstante, arrugaba el entrecejo. Tenía en el cuenco piezas escogidas de la carne, y se sentaba en un cojín con las piernas cruzadas, mientras observaba a las mujeres del clan servir pan y cerveza a los hombres. Observaba con atención a una joven en particular. De vez en cuando daba un sorbo a su copa, pero la mayor parte del tiempo la dedicó a observar.

Después de que Drw y su falta de ambición hubiesen acabado por fin convertidos en cenizas, tendría que estar de mejor humor para celebrar, pero no era así. Sólo se había librado de un obstáculo; eso no garantizaba que no surgieran otros, que no hubiera más pozos, más baches que echasen a perder sus calculados planes y le fracturasen las piernas. Siempre, siempre tenía que mostrarse cautelosa ante lo que podía ocultar la hierba alta.

Drwyn arrojó un hueso al fuego y se limpió los dedos grasientos en el pantalón.

–¿Qué te preocupa, Ytha?

–Esa muchacha de ahí. –Cabeceó en dirección a la figura borrosa que cruzaba la hoguera, con un cesto a la cadera–. ¿La ves?

Había poco que ver, aparte de una melena de pelo castaño y un vestido de color claro.

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA

–La veo –gruñó Drwyn, tomando la copa–. Estaba en la cama de mi padre la noche que murió.

–Fue encamarse con ella lo que lo mató.

–¿Y qué? Mi padre se acostó con una docena de mozas como ella a la muerte de mi madre. Alguna tenía que ser la última.

También hubo montones de mujeres antes de que su madre muriera; tropiezos ocasionales, camas calientes en noches frías, pero ninguna como ella, puesta a la venta y comprada, nadie a quien mantuviese tanto tiempo.

–En el futuro podría constituir una amenaza para nosotros –dijo Ytha–. Tiene un aura que no puedo discernir.

–¿Eso es peligroso? –Rió–. Te asustan las sombras.

–Tal vez. –Ytha se acarició la barbilla con el borde de la copa y dio voz a la duda que llevaba todo el día incordiándola como una púa en el calzado–. ¿Y si tu padre tuviera otro hijo?

–Drw ha muerto. Todos sus hijos, a excepción de mí, han muerto también.

–¡Y se pasó dos estaciones enteras mojando el *daigh* en ella! ¿Y si la ha dejado preñada? –Ytha señaló con un gesto a la joven, que servía hogazas de pan–. ¿Y si está embarazada?

–Mi padre era demasiado mayor para tener hijos bastardos –se burló Drwyn–. Además, ¿qué amenaza supondría un cachorro? Podría estrangularlo con una mano.

–Eso no lo dudo, siempre y cuando ella te permitiese acercarte. Sólo es joven, Drwyn, no estúpida. –Ese hombre era un constante quebradero de cabeza, siempre actuando en lugar de pensar.

Al ver que él arrugaba el entrecejo ante su muestra de rechazo, Ytha decidió moderar el tono.

–La edad sólo debilita el rabo, no la simiente –dijo–. Esa moza se ha mantenido apartada de mí desde que empezó a calentar la cama de tu padre. Si está embarazada, y un número suficiente de capitanes piensa que es de Drw, el clan podría verse dividido.

Los capitanes del consejo de la guerra tenían que mostrarse unánimes a la hora de aclamar al nuevo jefe, igual que los jefes de clan tenían que hacerlo llegado el momento de escoger al jefe de jefes. Si eso no sucedía, la planificación de Ytha habría sido en balde.

–Sí, recuerdo qué dice la ley del clan –dijo, acompañando sus palabras con un gesto de impaciencia, visiblemente molesto ante el hecho de que se lo recordara–. ¿Puedes saber si dará a luz?

Era posible, pero para estar segura tendría que inspeccionar a la jo-

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA

ven, y ésa no iba a permitir que cualquiera le pusiese la mano encima, si pensaba que podía estar embarazada del hijo del fallecido jefe del clan. ¡Si al menos pudiese leer su aura!

–Poder puedo, pero tengo una idea mejor. Si es una amenaza, preferiría tenerla donde pueda vigilarla. Te la enviaré esta noche. Si te acuestas con ella unas cuantas veces, podríamos fingir que ese hijo es tuyo, y no de tu padre. Os parecéis lo bastante para que eso sea creíble.

Drwyn desnudó los dientes.

–Es bonita, si mal no recuerdo.

Ninguna joven tenía que considerarse más que aceptable para endurecerle el *daigh*. Al menos en ese aspecto se parecía a su padre.

–Ah, sí, es muy bonita, Drwyn. Tiene los ojos del color de la campanilla y labios que son como frambuesas maduras, esperando a que alguien las arranque. Creo que la disfrutarás. –Ytha dio un largo sorbo de cerveza–. Ha llegado el momento de que les dirijas unas palabras. Recuerda lo que te he dicho.

–Lo recuerdo perfectamente –gruñó al tiempo que se levantaba. La amargura le arrugó los labios cuando apuró de un trago la cerveza.

Ella le miró ceñuda. A Drwyn no le gustaba que le dirigieran, tal como había tenido ocasión de comprobar. Pero incluso parecía incapaz de soportarlo cuando era por su propio bien.

–Ten cuidado, mi jefe –dijo con voz baja, aposta.

Se la quedó mirando, hosco como cualquier joven al que le dicen lo que tiene que hacer. Tenía los ojos negros a la luz del fuego, negros pero ardientes como ascuas. Arrojó la copa al suelo, y se inclinó, burlón, ante ella.

–Sí, portavoz.

Ytha respondió, aferrándole la mente. Las ondas de aire sólido se le apretaron en torno al pecho. Abrió la boca para hablar, pero ella le dejó sin aliento.

–No te burles de mí, Drwyn. Sabes que puedo hacer de ti lo que quieras ser, pero nunca olvides que puedo deshacerlo con la misma facilidad. ¿Me has oído?

Sus ojos oscuros conservaron la beligerancia. Ytha aumentó la presión. Él se esforzó por encontrar una pizca de aire, mientras la presión que ella ejercía le clavaba las manos a los costados. Su rostro había adquirido la tonalidad de un hígado castigado, cuando finalmente el pánico pudo con la tozudez y lo llevó a inclinar la cabeza.

Ella le soltó y tuvo la satisfacción de verlo tambalearse un poco.

–¿Me has oído?

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA

–Te he oído, portavoz –dijo, jadeando, llenando los pulmones de aire. Ytha escogió un trozo de carne del cuenco y le dio un mordisco, basculando el peso del cuerpo en un brazo mientras Drwyn recuperaba su color habitual.

–Me alegra que nos entendamos –dijo. Su expresión era inflexible, no sentía el menor remordimiento. Había fuego en sus ojos. Dio otro mordisco a la carne–. Odiaría que todo se echara a perder por culpa de un malentendido.

–Nada se echará a perder, portavoz. Puedes confiar en mí.

–¿Puedo?

Drwyn se puso tensó como una anguila de roca asustada.

–Puedes –dijo, furibundo.

–¿No habrá más malentendidos entre nosotros?

–No.

–Estupendo.

Ella terminó la carne, sin dejar de mirarle. A pesar de cómo flexionaba él las manos, la mirada era firme y sostuvo la suya sin pestañear. No había mucha gente entre los Crainnh capaz de hacer tal cosa, y menos aún que hubiesen tomado ese camino después de disgustarla. Drwyn poseía todo el ardor de su padre a su edad. Era de sangre caliente, más que dispuesto a ponerse a prueba, demasiado impaciente para dejar que nadie le enseñara, pero si bien el paso del tiempo había afilado la ambición de ella, también había engordado y avejentado a Drw, a quien le satisfacía dejar las cosas como estaban, siempre y cuando fueran de su agrado. Ahora todos sus planes dependían de que el hijo hiciera lo que su padre no había hecho, pero todo dependía de que aprendiera a controlar su temperamento.

Ytha se limpió la boca y apartó el cuenco. La irritación cruzó el rostro de Drwyn cuando ella cogió la copa y se tomó su tiempo para dar un sorbo, sin apartar los ojos de él. Uno de los primeros pasos de la sabiduría consistía en tener paciencia, y por los dioses ancestrales que al menos, como mínimo, le enseñaría eso.

Cuando hubo vaciado la copa, la dejó con cuidado junto al cuenco y se levantó, ajustándose la túnica.

–El consejo de la guerra aguarda, portavoz –dijo él, al cabo, con una hosca inseguridad–. ¿Puedo retirarme?

Ytha asintió.

–Puedes. Ya sabes qué debes decirles.

Extendió su mano, en cuyo dedo relucía el anillo a la luz del fuego. Drwyn titubeó un instante, no transcurrió más que medio latido de co-

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA

razón antes de hincar una rodilla en tierra para presionarlo en su frente. Ella contuvo la sonrisa. Después de todo, a veces el muchacho era capaz de contenerse; lástima que no lo hubiese demostrado en más ocasiones a lo largo de aquellos últimos tres años.

Ytha le vio caminar hasta el círculo que dibujaba la luz de la hoguera. Sus guerreros se pusieron en pie nada más verle, aunque algunos se mostraron menos estables y tuvieron que buscar el apoyo de los compañeros. El futuro jefe del Crainnh se perdió entre los gritos, el gentío que le dio palmadas, además de las alabanzas que se alzaron al firmamento nocturno.

No se quedó para escuchar el discurso; lo había oído lo bastante a menudo durante la semana pasada, ya que hizo que Drwyn lo recitase una y otra vez, para asegurarse de sabérselo de memoria. Además, no haría falta gran cosa para que los Crainnh se decantaran. Conservaban fresco en el recuerdo el rostro de Drw. Unas palabras hermosas y la familiaridad haría el resto.

No, la auténtica prueba tendría lugar durante la reunión, cuando se renovara la luna de plata. Entonces tendría que hablar en presencia de otros jefes de clan, y ahí no bastaría con el parecido que guardaba con su padre para ponerlos de acuerdo.

Pero aún faltaba para que llegase ese momento. La luna de plata, aquella a la que llamaban peregrina, apenas había empezado a adelgazarse; tenían tiempo de sobras. De momento tenía que proporcionarle una mujer. Mientras se ajustaba la piel sobre los hombros, Ytha se adentró en la oscuridad.

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA

3

Teia

Teia apartó el cazo del fuego, sirviéndose de un tenedor grande, y vació el contenido en el cubo, cuidando de no salpicarse, antes de rellenarlo con el otro cubo y devolverlo al fuego.

Dividió mentalmente en dos la pila de cuencos grasientos que había a su lado. Un cubo más y terminaría de limpiarlo todo, con la ayuda de los dioses ancestrales. El calor le había enrojecido la piel de las manos, y tenía las puntas de los dedos casi insensibles de tanto rascar la salsa y el jugo secos.

Después de sumergir una pila de cuencos en el cubo de agua caliente, se puso con la arena. Había perdido la cuenta de cuántos había lavado ya, y ni siquiera había empezado a cenar. El resto de las jóvenes solteras lo hicieron antes de marcharse, una tras otra, a ver cómo luchaban los guerreros jóvenes, dejándola a ella, la más cumplidora, que no sólo terminara sus propias tareas domésticas, sino también las de las demás. Lanzó un suspiro e inclinó el cuenco hacia la luz para comprobar si se había dejado restos, antes de dejarlo a un lado. Quejarse de la holgazanería de las demás no fregaría los platos antes, aunque a la mañana siguiente se aseguraría de que las madres se enterasen de lo sucedido.

Cuando el agua estuvo tan sucia que dejó de servirle, hundió un dedo en el cazo. Apenas estaba caliente. Tenía tiempo de sobra para ir en busca de agua. Salió con un cubo en cada mano del círculo que formaban las tiendas, en dirección al arroyo.

Poco a poco, el rugido del fuego y la estruendosa risa del consejo de la guerra desaparecieron en los sonidos nocturnos que pueblan la llanura. La luna peregrina tendía a menguar, bañando con su luz plateada la hierba alta con tal intensidad que casi podía ver como si fuera de día. La costumbre la llevó unos pasos corriente abajo para vaciar los cubos, lue-

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA

go, para llenarlos, desanduvo sus pasos corriente arriba hasta donde fluía el agua a poco profundidad.

La agradable frescura del agua le alivió las manos maltratadas. Miró a su alrededor por si alguien veía cómo se saltaba sus obligaciones, se arrodilló y hundió hasta los codos los brazos en el arroyo. Maravilloso. La tierra del fondo era suave como el tacto de la lana. Su pelo cayó hacia adelante sobre su rostro, tapándolo todo excepto la luz de luna, prisionera como una luciérnaga en los pliegues del agua.

Permaneció así mientras pudieron soportarlo sus hombros doloridos, y después se sentó en la orilla y se secó las manos en el borde del vestido. Nadie la echaría de menos unos minutos más. Después del humo y el mal olor del campamento, era un alivio disfrutar del aroma de los olores de la llanura; llevaba dos días oliendo a ceniza y grasa de venado.

Teia miró en dirección a la hoguera. Pobre Drw, ido al Salón de los héroes, donde cenaría con sus antepasados. No había tenido una gloriosa muerte en batalla, lo que no impedía que su sombra tuviera una historia que contar. Llevado junto a Maegern con un suspiro de mujer.

«Estoy cansado, Teia. Creo que voy a dormir.»

Los ojos se le llenaron de lágrimas, que quiso evitar a fuerza de pestañear.

«Adiós, mi jefe.»

Incluso con el viento a su espalda oyó la barahúnda de las gaitas y el estruendo de los tambores. Vio una hilera de personas recortada contra el fuego, hombres y mujeres con los brazos sobre los hombros, riendo y tropezando a medida que ejecutaban, ebrios, la danza. Esa noche se intercambiarían promesas y, sin duda, más de una perdería la virginidad mucho antes de que se formulasen los votos matrimoniales.

Matrimonio. Pensar en ello le supuso un dolor en el vientre más intenso que la pena que sentía por Drw. Su madre, Ana, había hablado otra vez con su tía acerca del asunto de la boda, aunque no había caído en la cuenta de que Teia podía escucharlas a ella y a su hermana comentando el precio que podían obtener por ella cuando se celebrase la reunión. Después, Teia se había quedado dormida mientras lloraba. A la mañana siguiente, había leído el futuro en el agua, pero tan sólo había visto nubarrones.

Teia miró a su alrededor, mordiéndose el labio. Estaba sola en la hierba, entre el borbolleo del arroyo. No había nadie cerca capaz de verla, aunque hubiesen reparado en su ausencia. Faltaban dos semanas para que tuviese lugar la reunión, y tenía que saber qué le deparaba el futuro inmediato.

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA

Se puso un cubo entre las rodillas. Cuando el agua se calmó y el disco plateado de la luna peregrina flotó imperturbable en mitad, puso ambas manos en el borde y cerró los ojos. Luego buscó la música en su interior.

La respuesta fue lenta al principio, pero de pronto le asaltó la mente; logró domarla rápidamente, estrechó el flujo hasta que no fue más que mero goteo, y finalmente lo expulsó. Unas chispas azuladas le recorrieron los dedos y agonizaron sobre la superficie del agua. El reflejo de la luz tembló. Poco faltaba para que no pudiese considerarse ni cuarto creciente, por tanto no poseía el mismo poder que la luna llena, aunque aún era válida para la adivinación. La luz blanca llenó el círculo inscrito en el borde del cubo, se quedó totalmente quieto, espejo perfecto en el que se reflejaba su rostro.

«Muéstramelo.»

Tembló la imagen antes de aclararse. Ahí estaba su rostro aún, rodeado, no obstante, por un cielo cubierto de nubarrones. La sangre le salpicaba la mejilla y el pelo era una maraña de húmedos rizos oscuros. Tenía los ojos apagados, como los de un ave muerta.

Por muchas veces que la viera, aquella visión siempre la hacía desfallecer, puesto que apuntaba a un futuro que ninguna mujer querría. Aferrada al borde del cubo, aspiró aire con fuerza para prepararse de cara a la siguiente adivinación, por si acaso volvía a ver al guerrero negro.

«Muéstrame.»

La imagen cambió al muchacho. De pelo oscuro, ojos azules, la miraba con aire solemne desde el agua, con unas manos de mujer sobre los hombros. ¿Un gesto de protección o de orgullo? No estaba segura. Sus facciones toscas, la mandíbula pronunciada y la complexión robusta, no arrojaban dudas al respecto de cuál era su procedencia, sin importar la promesa del oro en el cuello de la camisa.

«Muéstrame.»

Esa vez contempló un paisaje visto desde una posición elevada. Primero una ladera montañosa, luego una llanura beige plata, surcada por ríos de aguas brillantes. El paisaje remitía a las llanuras que se extendían al sur del campamento, cerca de an-Archen, pero no era un paisaje que ella hubiese contemplado durante los inviernos que llevaba allí. Además, parecía ser verano, primavera al menos, porque brillaba el sol y las flores asomaban entre la hierba. En la distancia, cerca del límite de su campo de visión, figuras pequeñas como hormigas se alejaban caminando.

–¿Qué haces, niña?

¡Ytha! La portavoz estaba justo detrás de ella, avanzando por la hierba silenciosa como una cazadora. Soltó la música y sacudió la superficie

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA

del agua con los dedos para desdibujar la imagen que se había formado, antes de ponerse en pie para encararla.

–¡Na... Nada, portavoz! He venido a por agua... –Reparó en que tartamudeaba, llenó de aire los pulmones y se llevó la mano al pecho, como si bastara con aquel gesto para contener el ritmo desbocado adoptado por su corazón–. Soñaba despierta.

–Ah, siento haberte asustado –dijo Ytha, toda simpatía–. Por un instante pensé que había percibido que alguien llevaba a cabo una adivinación.

–¿Adivinación? –A Teia el corazón se le salía del pecho, parecía un pajarillo atrapado. ¿La habría visto la portavoz?–. No, no, de ningún modo. No sé por qué.

–Pues claro que no. Porque si tuvieras el don, habrías acudido a mí, ¿verdad?

Ytha dio un paso más hacia ella e hizo un gesto en el aire con la mano. Se materializó una esfera de fría luz azulada, flotando sobre el hombro de Teia. Aunque había visto en otras ocasiones las luces de la portavoz, la perturbó la aparición brusca de aquella, tan cerca de su rostro. No despedía calor, pero sintió que lo que irradiaba le causó un escozor leve que parecía pedirle que rascara, o quizá eso se debía al hecho de que era objeto del escrutinio de la portavoz. Después de medio año de rehuir su mirada, Teia necesitaba hacer acopio de todo su coraje para permanecer inmóvil en su presencia.

–Pero qué cosa más bonita eres. –Ytha tocó la mejilla de Teia, e inclinó su barbilla de tal modo que la luz de la luna le bañara el rostro–. Tienes suerte de tener una piel tan buena, querida. Por no mencionar unos ojos tan hermosos. –Acarició la melena enmarañada que colgaba de los hombros de Teia–. Lástima lo de tu pelo, aunque eso tiene arreglo. Muéstrame las manos.

Teia obedeció. Ytha tomó una de las manos y le dio la vuelta para comprobar la palma, acariciando con la yema del pulgar la piel maltratada, chascando la lengua como si lo sintiera por ella.

–Vamos, niña. Algo podremos hacer al respecto.

–Pero los platos... –protestó Teia–. ¡Se supone que tendría que estar fregándolos!

–Ya he hablado con tu madre y hermanas –le aseguró Ytha con una sonrisa–. Ellas se encargarán de todo. Lleva el agua, y ven después a mi tienda. No te distraigas por ahí. Te estaré esperando.

La portavoz se alejó, caminando a buen paso por la hierba alta de vuelta al campamento. Aturdida, Teia la siguió, con ambos cubos a cuestas.

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA

No había ni rastro de su madre en el lugar que tenía asignado su familia junto a la hoguera, y encontró la tienda vacía. Dejó los cubos junto al fuego, retiró el cazo con el agua hirviendo, y lo puso en una roca para evitar que se evaporase, antes de atravesar el campamento.

La tienda de Ytha, como la del jefe, se hallaba ligeramente distanciada del resto. Las antorchas, clavadas en altos puntales de bronce, flanqueaban la entrada. Había luz en el interior. Teia aspiró aire varias veces para tranquilizarse y apartó la lona que hacía las veces de entrada.

–Adelante –dijo Ytha.

Teia inclinó la cabeza y entró.

Entre las más jóvenes circulaban toda clase de especulaciones acerca de cómo era el interior de la tienda de la portavoz. La mayoría de las especulaciones eran erróneas. No había seres familiares enjaulados, apestosos calderos humeantes o extraños tótem de plumas y hueso. Los tapices oscurecían las paredes de piel y servían de mampara al rincón donde dormía. Las alfombras cubrían el suelo, y sobre ellas había cojines y arcones ornamentados. Teia experimentó cierto grado de decepción: era como la tienda de su familia.

Sólo cuando se adentró más vio que las escenas de los tapices mostraban aves y bestias que no reconoció, todo ello en un tejido con tintes de colores vivos como jamás los había visto, incluso en la tienda de Drw. También la luz procedía de una lámpara peculiar que colgaba del poste central de la tienda. En lugar de un plato de arcilla con aceite y la mecha flotante, o las lámparas de tres brazos de Drw, la llama estaba encerrada en una caja hecha de un lustroso metal amarillo y sencillos paneles como la capa de hielo que cubre la parte superior de un estanque.

Se dio la vuelta lentamente, los ojos muy abiertos. De pronto la tienda ya no le pareció tan ordinaria.

Ytha apartó la lona y abandonó su dormitorio. Teia dio un respingo. La portavoz se había quitado la capa de pieles y llevaba un sencillo vestido color rojizo con un elaborado cinto de escamas. Se había recogido la abundante mata de pelo con una correa y estaba sonriendo.

–Creo que he vuelto a asustarte. –Mantuvo la tela apartada–. Adelante, entra.

La parte que hacía las veces de dormitorio era similar al exterior en cuanto a la decoración, aparte de la cama hecha de pieles esparcidas, y una amplia palangana llena de agua humeante en el suelo. Teia la miró, dudosa.

–¿Portavoz?

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA

Ytha se medio volvió, con una toalla doblada colgándole del brazo.

–¿Sí, niña?

–¿Qué hago aquí?

–El jefe ha expresado su interés por ti. Ha pedido que cenes con él. Yo misma te prepararé.

El corazón de Teia recuperó su compás frenético. Dos estaciones atrás no sucedieron así las cosas cuando Drw la convocó. El anciano jefe se había dirigido a ella personalmente; se sintió tan honrada de que supiera cómo se llamaba que el orgullo la embargó. Incluso su padre había sonreído. Ytha le tomó una mano, y eso la perturbó.

–Vamos, niña, que no tenemos toda la noche. –Ytha le tendió la toalla y la pastilla de jabón–. Lávate mientras busco algo que ponerte.

Si el jefe había preguntado por ella y la portavoz lo aprobaba, Teia no podía negarse. Así que mientras Ytha se dispuso a registrar la tienda de un modo que casi se le antojó maternal, se desnudó, doblando la ropa con cuidado, y se arrodilló junto a la palangana.

El jabón era mucho más suave que la grasa de ciervo que solía utilizar, y enseguida espumó. Con el agua jabonosa entre los dedos, se los llevó a la nariz para inhalar el dulce aroma de alguna flor que no identificó. ¿Provenía ese jabón de más allá de las montañas meridionales? A veces, los buhoneros atravesaban el an-Archen con destino a las ferias importantes, transportando especias y abalorios procedentes de lugares lejanos, pero ni siquiera entre sus mercancías había encontrado jamás nada parecido.

Como si hubiese escuchado los pensamientos de Teia, Ytha asomó de nuevo la cabeza en su dormitorio.

–No seas tímida con el jabón. Hay más.

Así que Teia enjabonó y frotó, asombrada cuando Ytha le llevó más agua para enjuagarse, antes de secarla con la toalla. La portavoz la sentó en un taburete y le dio un tarro de arcilla con instrucciones para aplicarse un pellizco de lo que contenía en las manos, pies, rodillas y codos. Mientras Teia lo hacía, Ytha le desenredó el cabello con un cepillo de marfil de ballena, la vistió con una enagua y un vestido de lana azul. Teia tocó el vestido. El tejido de lana casi era tan suave y flexible como la enagua, y brillante como una pluma de gavilán. Al igual que los tapices de Ytha, semejante mercancía tan sólo podía provenir de tierras lejanas. De pronto supo para qué se estaba vistiendo.

La portavoz le acercó el espejo de bronce para que Teia pudiera mirarse. Había experimentado una transformación. El vestido le sentaba perfectamente, le resaltaba las caderas y los pechos. Aunque el cabello no

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA

tenía arreglo y seguía enmarañado, al menos ya no parecía que llevase un nido sobre la cabeza. La densa sustancia del tarro había aliviado buena parte de la irritación de manos y suavizado la piel, de modo que costaba creer que hubiera pasado buena parte de la velada con los brazos hundidos hasta los codos en agua caliente, fregando platos.

–Diría que estás a la altura de un jefe –dijo Ytha, apartando el espejo–. ¿Preparada?

¿Lo estaba?

–No lo sé. Eso creo.

La expresión de la portavoz se tiñó de un enfado tan fugaz que Teia no hubiera tenido la certeza de haberlo intuido, de no ser por el temor que anidaba en sus entrañas.

–El jefe ha pedido que cenes con él. Le harás compañía todo el tiempo que él lo requiera. Podría pedirte que bailes para él, o que cantes si tienes una voz agradable. Él te dirá lo que quiere de ti. –Ytha clavó en ella la mirada–. Recuerda, niña, que se trata de un gran honor para ti y para tu familia. Podría ser una maravillosa oportunidad para mejorar tu situación. Si le complaces tal vez seas recompensada. Si no lo haces, podría costarte caro.

Cogida de manos, Teia asintió.

–Entiendo, portavoz.

–Estoy segura de que lo entiendes. Después de todo, fuiste escogida compañera de Drw, ¿no?

De nuevo asintió Teia. Ytha le puso una mano en el hombro.

–Yérguete, niña. Andar encorvada no te favorece. Así, bien. ¿Preparada?

Después de hacer el esfuerzo de poner bien rectos los hombros, Teia decidió que lo estaba. Después de todo, no serviría de nada pensar lo contrario. Por mucho que no fuera como su padre, el jefe era el jefe.

–Preparada.

–Entonces acompáñame.

Ytha salió de la tienda y cruzó el campamento hasta la tienda del jefe. El nuevo vestido tuvo el efecto deseado: todos los hombres que no estaban ebrios miraron a Teia al pasar. Algunos hicieron comentarios o insinuaciones que sonrojaron a la joven. Con una sonrisa distante, los labios prietos, la portavoz ignoró a todo aquel que encontró a su paso.

Ya en la tienda del jefe, Ytha entró, dejando a Teia esperando entre la pareja de guardias apostada en la entrada. Los guerreros no hicieron el menor esfuerzo por disimular el interés que les despertaba la joven, reco-

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA

rrieron con ojos hambrientos su cuerpo, adivinando las curvas ocultas bajo el vestido. Con las mejillas encendidas, clavó la vista en la lona que hacía las veces de puerta. Por Macha, ¿por qué no le tocaban ya el culo, y acababan con eso de una vez por todas?

Al cabo de unos instantes, reapareció Ytha, que le dirigió un gesto con la cabeza.

–No lo olvides –dijo después de poner una mano en su hombro–: Haz lo que te ordenen y todo irá bien para ti y para tu familia. Si complaces al jefe, tu padre podría convertirse en un hombre muy rico, capaz de ofrecer a tu prometido una dote que compense con creces la virginidad perdida. Es una opción preferible a pasar por la feria de las bodas, ¿no te parece?

Teia encajó la humillación sin rechistar y asintió.

–Sí, niña, ya sé cómo duele, pero una mujer que no alcanza inocente el lecho matrimonial tiene que pasar por la feria de las bodas. Así proceden los clanes, y así ha sido siempre. –Dio un suave apretón al hombro de Teia–. Piensa en lo que podrías ganar si aprovechas esta oportunidad.

–Lo haré. Gracias, portavoz.

Ytha sonrió, inclinó una vez la cabeza y le abrió la lona para invitarla a entrar. Teia penetró en el interior de la tienda del jefe.

Éste compartía pocos gustos con su padre fallecido. No había ni asomo de las alfombras toscas, tejidas con los motivos del clan; el suelo estaba cubierto de pieles, y sobre ellas había un considerable número de cojines casi tan opulentos como los de la portavoz. Colgados de las paredes había tapices en oscuras tonalidades rojas y marrón púrpura. El único vestigio que quedaba de Drw eran las lámparas de plata que colgaban de los postes de la tienda, cuyas llamas amarillas parpadeaban reflejadas en las superficie de bronce y cuero de la impedimenta apilada en la entrada. La espada del jefe permanecía apoyada en ella, por si alguien concebía dudas acerca de quién era el amo del lugar.

Drwyn se había acomodado en un cojín en el centro, con la camisa desabotonada y sus fuertes piernas cruzadas a la altura de los tobillos. Tenía más o menos la altura de Drw, y compartía la tez morena, las facciones toscas y los ojos prácticamente negros, así como la barba cerrada que le cubría el mentón. Un solitario pendiente de oro relucía en contraste con el pelo negro.

–Bienvenida seas, Teia. –Señaló con un gesto los cojines que había a su lado–. Por favor, únete a mí.

–Mi jefe.

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA

Teia agachó la vista como muestra de acatamiento, y se sentó en el cojín contiguo, antes de aceptar la copa de vino que le ofrecieron. Dio un sorbo, buscando coraje, y estuvo a punto de atragantarse con el fuerte caldo.

–¿Quiere comer algo? –Drwyn señaló una bandeja cercana donde se amontonaba una selección de alimentos.

El olor que despedía la bandeja bastó para que se le revolviera el estómago, pero no se atrevió a rechazar la invitación.

–Eres muy amable.

Él le llenó un plato, manejando con torpeza el tenedor, que le ofreció a continuación. Ella lo aceptó, consternada al ver lo abundante del plato; procuró probarlo todo, pero tenía la boca tan seca que tuvo que tomar más vino para acompañar el pan y la carne. Drwyn no dejó de mirarla. Mesuró con la vista las curvas de su cuerpo, se demoró en los pechos y los muslos, tan flagrante la mirada como el tacto.

Teia logró dar otro bocado al pan, antes de dejar a un lado el plato.

–¿No te agrada? –preguntó Drwyn.

–No tengo mucha hambre.

–Ah.

Siguió mirándola mientras ella tomaba otro sorbo de vino. Teia se sentía algo indispuesta. Tenía mucho calor y, a pesar de la enagua, le picaba el tejido de lana que Ytha le había dado al contacto con la parte posterior de las piernas.

Para distraerse de la intensidad de su mirada, paseó la vista alrededor de la tienda, fingiendo admirar la decoración, pero el malestar no desapareció. Los colores de los gruesos tapices, propios de un matadero, las pieles extendidas a sus pies, hacían que la tienda pareciese la guarida de un felino devorador de hombres.

Un destello de luz llamó su atención, y se quedó mirándolo, espantada al ver su propio reflejo devolviéndole la mirada desde un objeto colgado del poste de la tienda.

–¿Qué es eso? –preguntó, señalándolo.

Drwyn se levantó, solícito, y lo alcanzó para ofrecérselo.

–Es un espejo.

–Nunca había visto nada parecido.

Era pequeño, no mucho mayor que la palma de su mano, y estaba rodeado por un marco con adornos. Miró su reflejo. Era mucho más nítido que el espejo de bronce de Ytha. Se vio las pecas que le salpicaban la piel, el color de sus ojos, que era violeta azulado, como el ala de un cuervo a la luz del sol. Su tez era mucho más clara que lo que era habi-

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA

tual en el clan, eso siempre lo había sabido, pero nunca había tenido ocasión de ver hasta qué punto. Su reflejo en la superficie del agua, incluso en una visión, no podía compararse con eso.

–¿De dónde viene?

–Del sur de las montañas, creo. Lo encontré entre las pertenencias de mi padre. ¿Te gusta? –preguntó.

Ella asintió.

–Entonces quédatelo. Es tuyo.

Teia se volvió para darle las gracias, y cayó en la cuenta de que se encontraba sentada mucho más cerca de él que antes. El brazo en que él se apoyaba estaba detrás de su espalda, y la mano libre descansaba sobre el muslo, a escasas distancia de ella. Aunque apenas le sacaba una mano de altura, su complexión ancha, la proximidad, la intimidaron. Jugueteó con el espejo en las manos, intentó fingir fascinación por la elaboración y complejidad de los motivos que adornaban el marco, pero supo lo que iba a suceder, lo había sabido desde que Ytha la había vestido con aquel hermoso vestido, igual que se viste a una muñeca. ¿Por qué un nuevo jefe enviaría a buscar a la compañera de cama del antiguo jefe, si no era para asegurarse de que podía reclamar como propia una posible descendencia? Además sabía que Drwyn era consciente de que ella lo sabía. No obstante, le dio un vuelco el corazón cuando él le quitó el espejo de las manos y lo dejó a un lado.

–Teia. –Le tomó la mano.

Sentía su aliento ardiente en la mejilla, y el olor a vino que desprendía.

–Puedo ver por qué mi padre te escogió. Eres preciosa.

Intentó besarle la mejilla, pero se extravió en el cabello, así que le soltó la mano para volver su rostro hacia él. Los ojos oscuros del nuevo jefe parecían más despiertos, más atentos. Antes de que pudiera recuperar el aliento, la había atraído hacia sí y exploraba su boca con la lengua. Al principio Teia intentó echar la cabeza hacia atrás, pero era un hombre fuerte. Cerró los ojos y abrió la boca, cediendo ante la presión de su lengua.

En cuanto él reparó en que ella se plegaba a sus deseos, empezó a explorar su cuerpo con la mano libre. Teia permaneció sentada, inmóvil, mientras él le recorría las extremidades, como si acariciase un caballo que estuviera pensando en adquirir, antes de pellizcarle y magrearle los pechos. No hubo suavidad en los besos. Si acaso creció el anhelo en ellos, mientras intentaba quitarle el vestido. La falda era tan ajustada que él, frustrado, gruñó.

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA

–Quítatela –ordenó, tirando con impaciencia de su propia camisa–. Quítatela, ¡ahora!

Teia se mordió el labio, se arrodilló y se sacó el vestido por la cabeza, seguido por la enagua. No había otra opción. No podía correr ni pelear: físicamente, Drwyn era demasiado fuerte. Su musculatura se dibujaba claramente definida, a pesar del vello que le cubría el pecho y la barriga. Podía partirla en dos si quería.

Su pelo cayó hacia adelante, ocultándole los pechos, pero él lo apartó y los tomó en sus manos, chupándole con ansia los pezones. Teia cerró con fuerza los ojos. La barba de él le arañaba como las cerdas de un animal la piel suave.

Cuando la soltó, ella abrió los ojos de nuevo para verle desabotonarse el pantalón. Liberó la erección y la rodeó con la mano, como un guerrero que sopesa su lanza. Su rostro compuso una expresión a medio camino de la sonrisa burlona y la mueca desafiante. Con la otra mano la aferró del pelo para obligar a Teia a inclinar la cabeza.

El sabor y el volumen de su sexo, moviéndose en el interior de su boca, produjeron arcadas a la joven, al borde del ahogo. Drwyn gruñó, complacido, sin reparar por lo visto en las convulsiones de ella ante cada embestida. Las lágrimas le resbalaron por el rostro, y echó con fuerza la cabeza atrás, a pesar de que el intenso dolor que experimentó debido al tirón del pelo no hizo sino avivar su llanto.

Drwyn se quedó mirándola fijamente, y entonces, sin advertencia previa, le dio una bofetada con el dorso de la mano.

–¡Zorra!

La fuerza del golpe la tumbó en los cojines. Los labios le sabían a sal; cuando se llevó los dedos a la boca, los retiró manchados de sangre.

Drwyn se arrojó sobre ella, inmovilizándole los brazos y forzándola a ponerse a cuatro patas. Se puso detrás, postrado entre sus piernas. Le aferró con una mano de la melena, que retorció para convertirla en una cuerda en torno a su puño. Ella gritó de nuevo, lo que le valió otro golpe, en esa ocasión en el trasero. El dolor intenso la dejó sin aliento, lo cual pareció excitarle porque volvió a golpearla dos veces, un cachete en la nalga izquierda, otro en la derecha. Ella dio sendos respingos, pero optó por ahogar el llanto, consciente de que dar muestras de dolor no haría sino granjearle más golpes.

A los dedos que exploraron entre sus muslos siguió el grueso miembro. La asió de las caderas y tiró de ella hacia sí. Teia lanzó un grito, pero al menos le había soltado el pelo. Se vio con la cara aplastada por su peso

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA

en las almohadas, el voluminoso cuerpo de él inmovilizándola. Cada embestida de la pelvis reverberaba en sus entrañas.

Cerrados los ojos, Teia apretó con fuerza la mandíbula. Pronto habría terminado todo, Macha mediante. Los jadeos y forcejeos terminarían, siempre y cuando fuese capaz de soportarlos. Él aceleró sus movimientos. Dio un mordisco en su hombro, y ella mordió la almohada para evitar gritar. No podía tardar. No podía tardar. Respiración agitada, lengua sucia que se transformó en un grito triunfal cuando empujó por última vez el trasero de ella. Tuvo su resuello en la oreja durante un largo minuto, hasta que por fin se apartó a un lado.

Teia flexionó lentamente las piernas, manteniendo el rostro oculto en el pelo, mientras se volvía hacia el lado opuesto. Era lo único que podía hacer para evitar llorar en voz alta. Le dolía a horrores los hombros. Le vio a través de los mechones, jadeante, boquiabierto y con una amplia sonrisa de satisfacción. Ella olía a sudor, a vino estancado, y comprendió con amargura que, a pesar de que físicamente había un eco a Drw, era ahí donde acababa el parecido.

Drwyn volvió a poseerla cerca del alba; lo hizo con la misma falta de ternura, antes de quedarse dormido una vez saciado. Teia contempló el techo de la tienda, tan cansada que era incapaz de llorar. Al cabo de un rato también ella se quedó adormilada, aunque los sonoros ronquidos de él no tardaron en despertarla. Afuera canturreaban los pájaros, y un dedo de luz clara se extendió en la alfombra, al pie de la lona que tapaba la entrada.

Se incorporó, apartándose el pelo de la cara. Experimentaba un fuerte dolor entre las piernas, pero cuando se palpó no encontró restos de sangre, sólo el residuo pegajoso que había dejado Drwyn. Se volvió hacia él, despatarrado, boquiabierto. Seguía dormido, alabada fuera Macha.

Ella se deslizó poco a poco de entre las pieles, para luego levantarse. Al principio las rodillas se negaron a sostenerla y estuvo a punto de caerse. Dio algunos pasos cortos en dirección a donde estaba la ropa. Se vistió, enrolló la enagua y luego se calzó. Después de pensarlo un instante, introdujo el espejito en la enagua enrollada y asomó la cabeza por la lona.

No se movía una hoja en el campamento, exceptuando los pocos perros que roían los huesos tirados en la hierba. Incluso los guardias del jefe habían desaparecido. El sol era un disco pálido en un cielo gris oscuro, había poca luz, y el cielo que se alzaba del montón de ceniza era el único vestigio del fuego festivo construido en las ascuas de la pira del

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA

anterior jefe. Pensó en Drw, y lo distinta que fue su vida entonces, sintió un nudo en la garganta, pero no hubo manera de desahogarse llorando.

Teia salió de la tienda. Por lo general a esa hora habría mayor actividad en el campamento; las mujeres estarían haciendo fuegos, amasando pan, mientras los hombres comprobarían el equipo antes de salir de caza. Sin duda todo el mundo había celebrado con tal entusiasmo el nombramiento del nuevo jefe que la gente estaba demasiado ebria para levantar siquiera la cabeza.

Con la enagua alrededor del espejo, se apresuró entre las tiendas hasta el arroyo adonde había ido en busca de agua la noche anterior, siguió un poco corriente abajo hasta el siguiente trecho de aguas poco profundas. Desde allí apenas era visible el campamento; no se distinguían más que la parte superior de las tiendas entre la hierba alta. Eso serviría para ocultarla mejor. Se puso de cuclillas en la orilla terrosa y sacó el espejo.

Un rostro fantasmagórico le devolvió la mirada, unos ojos rojos de tanto llorar rodeados por un círculo de la negrura que sigue a la falta de sueño. La costra de sangre seca en la comisura de la boca y del labio inferior era lo más visible del moretón que tenía en la mejilla. Palpó con cuidado la zona, separando luego el labio para ver dónde se había mordido.

Creyó ver otra contusión en el reflejo, lo que la llevó a aflojar el cuello del vestido y bajárselo por debajo de los hombros. Impresa en la piel estaba la huella de la dentadura de Drwyn. La contusión llenaba la imagen del espejo. Nuevas lágrimas afloraron a sus ojos.

Que Macha la amparara.

Dejó el espejo, se quitó el vestido y también el calzado. El arroyo descendía helado, pero no podía esperar a hervir agua. Tenía que librarse de él, librarse de la sustancia coagulada en su interior.

En cuclillas en la parte más honda del arroyo, se frotó la piel con toda la fuerza que su piel delicada pudo soportar. Frotó la piel para librarla del sudor de él, del recuerdo de su tacto, frotó hasta que su cuerpo se estremeció de frío y perdió el tacto en pies y manos. Después se postró de rodillas en el arroyo y rompió a llorar.

Regresó al campamento cuando la gente despertaba. Vio encendidos algunos fuegos para cocinar, y de nuevo había apostados dos guardias a la entrada de la tienda del jefe, cenicientos y legañosos. No regresó allí. En lugar de ello, volvió a la tienda de sus padres para cambiarse el vestido y ponerse uno propio. No veía el momento de librarse de las prendas que Ytha le había dado.

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA

Encontró a su padre en la entrada, sentado en un taburete mientras arreglaba una brida. Era un hombre flaco, magro, duro como el cuero, con el pelo salpicado de canas atado en una coleta y largos bigotes que caían a ambos lados de sus labios delgados.

Cuando su sombra cayó sobre la labor de él, su padre dejó de trabajar pero no levantó la vista.

–¿Padre?

–Teia –dijo él. Su tono de voz carecía de inflexiones. Giró en el taburete para encarar la luz y seguir trabajando, las manos bronceadas, callosas, ágiles al manejar el cuero tieso.

Ella aguardó a que le dijese algo más, algo que le diera a entender que aún la consideraba su hija, pero nada siguió. La ley del clan se alzaba entre ambos como una pared de hielo; imposible escalarla. A partir de ese momento hasta que llevase el tatuaje de su boda, había dejado de existir a sus ojos.

Drw nunca había sido tan formal. Había hecho a un lado la ley, había dado una palmada en el hombro a Teir y luego había pedido otra jarra de *uisca* para su viejo amigo. Pero es que Drw la había pedido a la vieja usanza, sobre una copa de agua; Teir y él habían cerrado el acuerdo con un apretón de manos antes de que se vaciara, todo ello sin que la portavoz tuviese voz ni voto. La situación había cambiado completamente.

De modo que así serían las cosas. Los sollozos se agolparon en su pecho como nubarrones más y más cargados de una tormenta que no llegaba a romper, pasó de largo junto a su padre y entró en la tienda. Para su alivio, la encontró vacía. Se desnudó, arrojó el odiado vestido de lana azul y la enagua a las sombras que cubrían un rincón, donde no tendría que verlos. Se disponía a hacer lo mismo con el espejo, cuando titubeó, acariciando el marco con la yema del dedo. Aunque Drwyn se lo había obsequiado, en realidad no era su dueño. Había pertenecido a Drw, y tener algo que fue suyo resultaba... reconfortante. Sacó una enagua limpia y uno de sus propios vestidos del arcón donde guardaba la ropa, y a continuación escondió el espejo en el fondo, bajo las medias de invierno.

Acababa de ponerse el vestido cuando oyó a alguien a su espalda que acababa de entrar en la tienda. Tras volverse vio a su madre en la entrada.

–¡Teia! –exclamó Ana, en cuyo rostro sonrosado se dibujó una sonrisa. Extendió ambos brazos, y Teia se le acercó a regañadientes. Cuando la luz procedente de la entrada le bañó el rostro, la expresión alegre de su madre se agrió como lo hace con el tiempo la manteca.

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA

–Por Macha, niña, pero ¿qué te ha pasado?

–¿No te contó la portavoz dónde iba a estar la noche pasada? –la voz sonó como ahogada, como si un gran peso le aplastara el pecho.

–Pues claro, pero...

–Me hizo daño, mamá. –Teia tragó saliva y se bajó el vestido por debajo de los hombros.

Su madre lanzó un grito, llevándose ambas manos a la boca, muy abiertos los ojos negros, brillantes.

–Ay, Teisha –dijo tras exhalar un suspiro. Se apresuró hacia la entrada de la tienda, apartó la lona y llamó–: ¡Teir! ¡Teir! ¡Ven, corre!

El padre de Teia entró, cojo, con la brida en la mano, a medio recomponer.

–¡Mírala, tú sólo mírala! –Ana tomó a su hija del brazo y la acercó a la luz–. ¡Mira qué le ha hecho!

Su padre permaneció inexpresivo.

–Es el jefe, Ana.

–¡Eso no le da derecho a maltratar a nuestra hija como si fuera un animal!

–¿Y cómo se supone que debo impedírselo? –preguntó Teir, bronco–. ¿Debo acercarme y desafiarle a un duelo? ¡Es el jefe! ¡Hará que me claven a una estaca para que sirva de alimento a los lobos, mujer!

–¿Tan poco significa ella para ti? –insistió Ana–. Te dije que no quería que fuera con él, ¡sabía que pasaría algo así! Ese hombre no es como su padre, Teir, ¡ni por asomo!

–Mamá, por favor. –Teia intentó apartarse de ella y taparse de nuevo, esconderse de aquel torrente de voces alzadas.

–Drw era amigo mío. Confiaba en él, y le serví de buena gana hasta que no pude seguir haciéndolo. –Teir apretó con fuerza la mandíbula y apartó la mirada–. En recuerdo suyo debo servir también a su hijo.

–¿A pesar de esto? No es una manta para la silla de montar con la que puedas comerciar...

–¡Silencio! –ordenó Teir. Arrojó la brida al suelo y señaló a Ana con el dedo índice. Ella reculó, arrastrando a Teia, igual que si acabaran de amenazarla con una lanza–. Ya he oído bastante, mujer. He dado mi palabra a la portavoz de que en este asunto acataré los deseos del jefe. Y tú no olvides cuál es tu lugar.

Les dio la espalda y se alejó caminando, sin hacer el menor esfuerzo de ocultar le tensión del paso que le había caracterizado desde que Teia era capaz de recordar, herencia de la llamada Revuelta de Río Pétreo. Ana le vio alejarse, suspiró y cerró la lona de la entrada.

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA

–Lo siento –dijo, mirándole las manos–. Anoche intenté convencerle, pero no quiso prestar atención. Cree hacer lo que más te conviene. –Alzó los hombros, sin fuerzas–. Tu padre es un hombre orgulloso. Le duele más de lo que estaría dispuesto a admitir haber renunciado al estandarte de capitán para volver a ser un mero vasallo. No se lo puede quitar de la cabeza.

–¿Debo lamentarlo por él? –preguntó, acre, Teia–. ¿Y yo qué, mamá?

Ana exhaló un nuevo suspiro.

–Un cojo no puede ser capitán del consejo de la guerra, Teisha. Drw nunca olvidó lo que hizo Teir para aplacar la revuelta, pero ahora que Drw ha fallecido tu padre se ha quedado sin nada. Si ve que te comprometes con un nuevo jefe, su nombre se pronunciará de nuevo con respeto entre los Crainnh.

Incrédula, Teia abrió los ojos como platos.

–¿Pero antes tengo que prostituirme para él?

–¡Teia! –No fue un reproche. Ana seguía siendo incapaz de mirarla a los ojos–. Es un hombre decente que intenta hacer lo correcto. No hay lugar en el clan para un Crainnh deshonrado, como bien sabes. Tan sólo pretende garantizar tu futuro. Nuestro futuro.

Teia levantó ambas manos.

–¿Y si el jefe no me quiere tomar como esposa? ¿Ha pensado en ello? ¿O se limitará a subastarme en la reunión y comprar de nuevo su honor?

Rompieron las nubes, anegándola en lágrimas. Tiró del borde del vestido para alisarlo, pasó junto a su madre y asomó a la tímida luz del sol, sin que le importara ya quién la veía o la señalara mientras se alejaba a paso vivo. Tampoco se molestó en marcarse un lugar de destino, y así, en ese estado, fue como topó con la portavoz.

Unas manos fuertes la asieron, llevándola a un lado.

–¡Aguarda! ¡Aguarda, niña!

Teia levantó la mirada, reconociendo la voz.

Ytha, ceñuda, le levantó la barbilla.

–¿Qué le ha pasado a tu cara? ¿Esto te lo ha hecho Drwyn?

Teia asintió, muda, llorando de nuevo a tal velocidad que no pudo secarse las lágrimas.

Ytha la soltó después de resoplar.

–Creía que a estas alturas habrías aprendido a complacer a los hombres. Pasaste bastante tiempo con Drw. –La portavoz habló con un tono seco, frío, mientras sus ojos miraban con la misma dureza.

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA

Horrorizada, Teia buscó un atisbo de compasión en los ojos de Ytha, incluso de la amable brusquedad que le había dedicado la noche anterior. No encontró nada. Se le cayó el alma a los pies, fue incapaz de articular nada que fuese más allá de un gimoteo.

–¡Deja ya de lloriquear, niña! Ya te lo dije ayer: cumple con tu deber y todo irá bien. Ahora lávate la cara, ponte el vestido que te di y atiende al jefe. Esperará encontrarte a su lado cuando despierte. –Dicho eso, Ytha se ajustó las pieles y se alejó.

Teia se quedó mirando su imagen borrosa a través de las lágrimas. Después de todo, quizá la feria de las bodas habría sido mejor opción.

PROPIEDAD DE
EDITORIAL PLANETA